

CAPITANES DE AZÚCAR

Pedro Flores



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*A David Flores, mi hermano.
bondero y pirómano,
único piloto de carreras
a bordo de una bañera vieja,
capitán del azúcar.*

*Si quieres ser aprobado por oídos áticos,
te exhorto y aconsejo, librito,
que agrades al docto Apolinar.*

(..)

*Si te condenara, deberás correr al instante
a los cajones de los vendedores de salazón,
página cuyo dorso garabatearán los niños.*

Marcial

NACIMIENTO DE LA NOCHE

Nosotros pensábamos que Doña Asunción, la bruja, debía tener unos cien años. Doña Asunción apuñalaba con un gigantesco cuchillo de cocina los balones de fútbol que tenían la desgracia de aterrizar en su azotea; entonces ella, asomada al muro, los exhibía triunfal y rencorosamente en una mano, el cuchillo en la otra, y después de una cantinela que era siempre la misma, atravesaba de un tajo la piel de cuero o de plástico. Luego arrojaba el cadáver inerte que sólo pocos minutos antes había rodado alegremente por la cuesta infinita que era mi calle pobre y estrecha.

Vino, una vez, un tiempo incierto, en que los balones rebotaban alevosos e impunes en la azotea de Doña Asunción, en que vanamente esperábamos el ritual de asesinato sin sangre, de ejecución sin alaridos, que, entonces todos íntimamente lo supimos, se había convertido en inconfesable objetivo de nuestros juegos: los partidos sin la espada de Damocles, es decir, sin el cuchillo de Doña Asunción, se habían convertido en un espectáculo carente de interés, en un equilibrista sin abismo.

El día en que los bomberos echaron abajo aquella puerta alta, centenaria, aquel a nuestros ojos portón de castillo que nunca habíamos visto siquiera entornado, estábamos todos sentados en la acera, expectantes, hipnotizados como quien acude al desenlace de

un arcano demasiado antiguo, sabiendo que desentrañarlo significará también el fin de nuestra propia curiosidad.

Los bomberos sacaron la camilla, el cuerpo cubierto con la sábana, de la que escapaba yerta la mano homicida de tantas tardes de juegos. «Pobrecita decían algunas vecinas, tantos días muerta sin que nadie la echara de menos...»

Entonces sucedió lo que sólo nosotros y los gatos advertimos: del enorme portón abierto salió como una cascada, como una avalancha largamente retenida, la oscuridad, toda la oscuridad del mundo, la noche, que como los balones de nuestros sacrificios estaba presa desde el principio de los tiempos en aquella casa anterior a todo, incluso anterior a la vieja carpintería de Don Esteban. La noche salió en tropel como un surtidor de sombras y por fin supimos en mi barrio lo que eran las estrellas, y los monstruos volvieron a las sombras y a los parques los besos largos y al cielo las estrellas.

Así fue como en mi barrio nació la Noche, y sólo nosotros y los gatos lo supimos.

EL CINE

Los domingos por la mañana había sesión infantil en el cine Capitol. Pasaban casi siempre películas de Sinbad, Hércules, Maciste y demás héroes de cartón piedra, maravillosamente anacrónicos.

He buscado sin suerte entre los olores de la vida el olor de aquellas salas de cine que ya no existen. Al igual que los grandes hoteles que siempre se llaman Palace y Continental, los cines de todas las ciudades se llaman con nombres que exhalaban cierto aroma de solemnidad: Capitol, Apolo, Rex, Rialto, Sol, Avenida...

Donde mejor lo pasábamos era en un cine donde proyectaban las tardes de domingo programa doble, sabiamente combinado: una de Tarzán y otra del Oeste, una de romanos y una de marcianos, kárate y piratas, de risa y de guerra. Aquel cine era el Pabellón Recreativo y lo frecuentaba, tal era su mala fama, la chiquillería más golfa de aquel lado de la ciudad. Cuando apagaban las luces se aplaudía y gritaba, enormes cucarachas surcaban el cielo de Troya o de Arkansas desde este lado del mundo o se posaban, entre la algarabía del gallinero, en la cara de Bruce Lee o de un Espartaco excesivamente bronceado.

Nunca vi a ninguna niña en aquel cine.

LA LLUVIA

Los maestros de mi infancia, al menos la mayoría, llevaban traje y corbata, estaban siempre a punto de jubilarse, fumaban puros interminables y llenaban las pizarras con una caligrafía de postal romántica que luego daba pena borrar. Don Antonio era uno de ellos, uno de los que además dominaba el arte ancestral de imponer un silencio absoluto sólo con una mirada y de poner a rebotar en las paredes las conjugaciones con una voz cuyo eco debía campar en el aula aún tiempo después de haberla todos abandonado.

Una tarde de números romanos y conjuntos vacíos comenzó a llover como nunca, con goterones largos y ruidosos, con cielo claro y arco iris; con colores que algunos desconocían porque no estaban en los estuches de lápices. Comenzó a llover como es muy raro que en esta latitud lloviera, hasta ser la lluvia una cortina en los ventanales enrejados. A esas alturas del agua nadie atendía a los triángulos ni a los quebrados e incluso los más atrevidos se habían levantado como hechizados por el repicar multitudinario de miles de agujas en el patio. Ni siquiera la voz, que hasta entonces pensábamos invencible, del maestro pudo ya desviar toda nuestra atención de aquel milagro. El era un hombre del Norte, criado lejos de estos cielos eriales, llegado hacía mucho de una juventud perennemente musicada por una lluvia fría e inmóvil.

Al día siguiente Don Antonio nos anunció que se iba, que se jubilaba poco antes de lo previsto. Yo pensé, supe, que no había soportado que nuestros ojos y nuestros oídos hubieran preferido el tintineo del agua, la promesa de los charcos, a su voz y a su presencia. Ahora creo que es una bonita forma de irse, postergado por una orquesta mágica, por un suceso que rebeló fugazmente nuestras infancias secas, vencido por un chaparrón que se equivocó de sitio, derrotado sólo por la lluvia.